

LAS RELACIONES ECUMENICAS DE LA IGLESIA CATOLICA Actividades de iniciativa vaticana

I. VOLUNTAD ECUMENICA DE JUAN XXIII

Por deseo del Papa Juan XXIII el Concilio Vaticano II estuvo marcado por la particular voluntad de restablecer la unidad de los cristianos. Este propósito se puso ya de manifiesto con la invitación cursada a las otras Iglesias y comunidades eclesiales para que enviasen observadores delegados para asistir a los trabajos del Concilio. La presencia de treinta y nueve observadores delegados de comuniones cristianas no católico-romanas dió al Vaticano II una nota específica de su intención ecuménica.

Pero Juan XXIII no se limitó a una invitación simbólica sino que hizo personalmente una importante contribución al ecumenismo cuando en el discurso de apertura del Concilio estableció esta importante distinción: «Una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera como se expresa; y de ello ha de tenerse gran cuenta, con paciencia, si fuera necesario, ateniéndose a las normas y exigencias de un magisterio de carácter prevalentemente pastoral» (cf. Concilio Vaticano II, Madrid, BAC 1966, p. 995).

El Cardenal Willebrands afirma que «esta distinción hecha por Juan XXIII en la apertura del Concilio ha determinado substancialmente las nuevas relaciones con los otros cristianos» y «el diálogo ecuménico deberá tener siempre en cuenta este principio metodológico» (cf. "Papa Giovanni XXIII e l'ecumenismo", Roma, 10 nov. 1981). La voluntad ecuménica de Juan

XXIII fue recogida explícitamente por los Padres conciliares como comprobamos en el Decreto *Unitatis Redintegratio*, que empieza con estas palabras: «Promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos es uno de los principales propósitos del Concilio Ecuménico Vaticano II» (cf. n. 1).

El Concilio Vaticano II para impulsar la unidad de los cristianos ha subrayado el fundamento teológico, ha dado orientaciones y ha señalado algunos medios de acción ecuménica. La constatación de fondo es ésta: entre los cristianos, no obstante las divisiones que perduran, existe una real, verdadera y profunda comunión, aunque sea imperfecta: «Los que creen en Cristo y recibieron debidamente el bautismo, están en una cierta comunión con la Iglesia católica, aunque no perfecta» (UR, n. 3; también L.G., n. 15). Esta comunión, que tiene diversos grados, si se trata de las relaciones con los ortodoxos o con los protestantes, constituye la base sobre la cual se apoyan todas las relaciones entre los cristianos que adquieren modalidades diferenciadas según los grados de divergencia.

Pablo VI tomó el relevo de la antorcha ecuménica de Juan XXIII y con humildad y amor evangélicos emprendió iniciativas históricas como el encuentro con el Patriarca ecuménico Atenágoras, en Jerusalén en 1964, y más tarde su visita a Constantinopla en 1967. Recordemos también de Pablo VI su gesto profético cuando en la Capilla Sixtina besó los pies del Metropolitano Melitón (14 dic. 1975); y pasemos a continuación a examinar algunas iniciativas de Juan Pablo II.

II. LA VISITA DE JUAN PABLO II A CONSTANTINOPLA

La Iglesia Católica ha sido y es fiel a esta voluntad ecuménica del Espíritu porque ha promovido y promueve particularmente por medio del dicasterio romano para la promoción de la unidad de los cristianos toda suerte de iniciativas, visitas, encuentros, diálogos bilaterales y multilaterales que tienen por finalidad la causa del ecumenismo. Entre estas extensas y variadas actividades merece una atención especial la iniciativa de Juan Pablo II de visitar al Patriarca Dimitrios I para impulsar el diálogo teológico entre la Iglesia Católica y las Iglesias ortodoxas, formadas en su conjunto por catorce Patriarcados.

Soy testigo de excepción y puedo contar algunos aspectos inéditos de esta importante iniciativa ecuménica de Juan

Pablo II. Era un día de la primera quincena de septiembre del año 1979. Fuimos invitados a Castelgandolfo por el Papa Juan Pablo II, el Cardenal Willebrands, el P. Duprey y un servidor. Nos preguntó acerca de la situación con las Iglesias ortodoxas, del diálogo de la caridad, de las visitas, cartas, etc. Y a continuación añadió: «¿Qué puedo hacer yo para que empiece el diálogo teológico? Si Udes. lo juzgan oportuno y factible estaría dispuesto a visitar al Patriarca Dimitrios I». Hechas las debidas gestiones, con absoluta reserva, Juan Pablo II decidió la visita. El domingo anterior al viaje Juan Pablo II anunció su visita a Constantinopla en estos términos: «Il fratello risponde all'invito del fratello» (18 nov. 1979). La visita, realizada los días 29 y 30 de noviembre de 1979, manifestaba la cima del diálogo teológico por medio de una Comisión mixta católico-ortodoxa.

En la *Declaración común* el Papa Juan Pablo II y el Patriarca Dimitrios I dan una explícita valoración de la etapa preparatoria llamada «diálogo de la caridad»: «El diálogo de la caridad (cf. Jn 17,21) ha abierto el camino hacia una mejor comprensión de las posiciones teológicas recíprocas, y, además, hacia nuevos acercamientos del trabajo teológico y hacia una nueva actitud de cara al pasado común de nuestras Iglesias. Esta purificación del recuerdo colectivo de nuestras Iglesias constituye un importante fruto del diálogo de la caridad y una condición indispensable del progreso futuro».

El Papa y el Patriarca anunciaron que el diálogo teológico iba a empezar y hacían pública la lista de los miembros de la gran Comisión mixta católico-ortodoxa, constituida por treinta miembros de cada parte. De su trabajo se han publicado los tres primeros documentos:

1. «El misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz del misterio de la Santa Trinidad» (Munich, 1982).

2. «Fe, sacramentos y unidad de la Iglesia» (Bari, 1987).

3. «El sacramento del Orden en la estructura sacramental de la Iglesia, en particular la importancia de la sucesión apostólica para la santificación y la unidad del pueblo de Dios» (Valamo, 1988).

III. EL SINODO EUROPEO DE OBISPOS

La invitación de Juan Pablo II a las otras Iglesias y comunidades eclesiales a enviar a sus representantes como «dele-

gati fraterni», gesto tan ecuménico que superaba al de Juan XXIII en relación al Concilio, se convirtió inesperadamente en «signo de contradicción» porque, como es sabido, cuatro Patriarcados (Rusia, Rumanía, Serbia y Bulgaria) y la Iglesia ortodoxa de Grecia no enviaron representantes.

No obstante el «vacío» y sinsabor de estas ausencias fue positiva la presencia de once representantes a quienes se les concedió hablar por espacio de quince minutos en la Asamblea plenaria, y formar un grupo de trabajo (*circuli minores*) con elección enteramente libre de un moderador y su secretario. Su informe fue leído en plenaria y sus propuestas fueron consideradas en pie de igualdad con las de los otros grupos. Hay que reconocer que la intervención del representante del Patriarcado ecuménico, el metropolitano Spyridon, causó un gran impacto en la Asamblea sinodal.

El sábado día 7, vigilia de la Inmaculada, tuvo lugar la celebración ecuménica en San Pedro con la presencia activa de todos los delegados fraternos. El metropolitano Spyridon habló ampliamente sobre la evangelización en la sociedad actual.

La Declaración final recoge los aspectos ecuménicos más importantes.

«Pretendemos responder a las exigencias de la verdad y de la caridad tal como han sido expuestas por el Sucesor de Pedro en el acto ecuménico del 7 de diciembre: "Estas exigencias suponen el leal reconocimiento de los hechos, con disponibilidad para perdonar y reparar los respectivos daños. Dichas exigencias impiden encerrarse en prejuicios, con frecuencia fuente de amargura y de estériles recriminaciones: Conducen a no lanzar acusaciones infundadas contra el hermano atribuyéndole intenciones y propósitos que no tiene. Así, cuando estamos animados por el deseo de comprender realmente la posición del otro, los contrastes se eliminan mediante un diálogo paciente y sincero, bajo la guía del Espíritu Paráclito».

«Todos nosotros hemos reconocido en ellos un elemento constructivo para el incremento del diálogo ecuménico, entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa.

«Para promover el ecumenismo es de gran importancia el apostolado bíblico que nace de nuestra común reverencia por la Sagrada Escritura. A la tarea ecuménica pertenece también la solicitud por los hombres y las sociedades, sobre todo por los pobres, y en particular hoy el común compromiso que se ejerce para la edificación de una verdadera comunidad de los pueblos europeos.

Cabe notar que la cita de la homilía del Santo Padre se introdujo a propuesta del grupo de los delegados fraternos, también las referencias a la Sagrada Escritura. Todo el texto

referente al ecumenismo es un esfuerzo de realismo. Por lo que toca a las Iglesias católicas orientales se escogieron expresiones muy moderadas y equilibradas. Era muy difícil decir más o de otra manera teniendo en cuenta la persecución y sufrimiento de muchos padres sinodales de las Iglesias católicas de rito bizantino.

IV. ACTUALIDAD Y FUTURO DEL ECUMENISMO

Trataré a continuación de precisar en algunos puntos el estado actual del compromiso ecuménico de la Iglesia Católica, e intentaré alguna prospectiva de futuro.

1. La Iglesia Católica mantiene el diálogo con las grandes comuniones eclesiales por medio de comisiones mixtas de diálogo teológico.

2. La Iglesia Católica desde hace muchos años está en relación con las diversas organizaciones ecuménicas: el Consejo Ecuménico de las Iglesias y con la Conferencia de las Iglesias Europeas (KEK = *Konferenz Europäischer Kirchen*).

3. Las comisiones que llevan la responsabilidad de diálogos bilaterales, además de la publicación de los textos o documentos teológicos, han iniciado la etapa de la «recepción» de estos acuerdos por las autoridades responsables de las Iglesias. Es un hecho nuevo en el ecumenismo y un nuevo paso difícil de evaluar.

4. La Asamblea especial del *Sínodo de los Obispos de Europa* ha subrayado una orientación para el futuro del ecumenismo: frente *al testimonio común* para la evangelización las Iglesias muestran diferentes actitudes, unas están dispuestas a colaborar, otras no aceptan la invitación por diversos motivos.

5. El diálogo con los ortodoxos atraviesa la «prueba» de la cuestión del «uniatismo» y de las acusaciones de proselitismo. Paradójicamente la situación de libertad religiosa de que gozan ahora los países del Este europeo no ha favorecido al ecumenismo por el complicado asunto de la restitución de templos y otros bienes confiscados a los católicos orientales durante el dominio comunista.

6. Pueden surgir nuevos cambios en los países del Este europeo. Por ejemplo pueden nacer nuevas Iglesias ortodoxas autocéfalas como en Lituania y en Bielorrusia.

7. Podemos preguntarnos *¿atravesamos un invierno ecuménico?* Mi opinión no es pesimista, pero reconozco que se

ha producido un enfriamiento en las relaciones entre la Iglesia Católica y las Iglesias ortodoxas. Habrá que esperar a los resultados del encuentro convocado por el Patriarca Bartolomé de Constantinopla para examinar las relaciones de las Iglesias ortodoxas con todas las Iglesias cristianas y con la Iglesia Católica. El diálogo de la caridad y el diálogo teológico son el camino auténtico del ecumenismo. Para la Iglesia Católica la doctrina y las orientaciones del último Concilio Vaticano mantienen toda su validez para el futuro.

8. Apoyado en esta profunda convicción de que el diálogo debe continuar y continuará, enumero unas tareas clave a las cuales tenemos que dedicar nuestro esfuerzo ecuménico:

a) Intensificar y profundizar el diálogo con las diversas Iglesias sobre temas discutidos.

b) Favorecer, cuando un diálogo ha llegado a algunas conclusiones, su recepción en el conjunto del cuerpo de la Iglesia, después de que se hayan expresado las autoridades de la Iglesia.

c) Promover la formación ecuménica de todo el pueblo de Dios.

d) Estimular una mayor atención al ecumenismo en las Facultades teológicas y en los Seminarios.

e) Hay que favorecer procesos de convivencia y de testimonio común entre los católicos y los otros cristianos. (Por ejemplo, en favor de la paz, la justicia, los derechos humanos, la salvaguarda de la creación, la solidaridad hacia los pobres).

A MODO DE CONCLUSION

La tarea del ecumenismo exige un desarrollo y un progreso hecho juntos en la fe común y en la vida cristiana. Este desarrollo empieza por aquello que católicos y no católicos tenemos en común para llegar a la plena comunión superando las divergencias que han provocado la división. En este proceso el diálogo teológico tiene una función esencial, pero no lo es todo. Ni todos los esfuerzos humanos son suficientes porque la unidad es un don de Dios.

RAMON TORRELLA CASCANTE
Arzobispo de Tarragona
Presidente de la Comisión Episcopal
de Relaciones Interconfesionales